



UN ADVIENTO DE ESPERANZA

Escrito dominical, el 30 de noviembre

Comenzamos este Adviento mientras nuestros grupos sinodales avanzan con ilusión, oración y escucha sincera. Es un tiempo en el que, reunidos como discípulos del Señor, buscamos juntos volver al amor primero, allí donde todo comenzó y donde siempre renace la vocación y el ardor de la misión. El Adviento, que inaugura el año litúrgico, es ante todo tiempo de esperanza. Un tiempo en el que la Iglesia nos recuerda que la puerta de la esperanza nunca se cierra, porque Dios no deja de venir a nuestro encuentro. Cada vela que encendemos en la corona nos invita a levantar la mirada y a disponernos a acoger de nuevo a Aquel que nos llamó por nuestro nombre, nos congregó en su Iglesia y nos envió a evangelizar con la humildad de nuestros «signos pobres», pero con el deseo ardiente de conversión y santidad. Adviento es el tiempo de los hijos del Redentor. De quienes preparan la venida del Señor sabiendo que Él asumió nuestra vida para que nosotros pudiéramos compartir la suya.

1. El que vino en la historia, en la primera Navidad. La Encarnación del Verbo es el gozo primero y profundo de nuestra fe. El Hijo eterno del Padre «por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo». Esta verdad, que repetimos cada domingo, no envejece: sigue siendo una buena noticia que ilumina toda la historia. Jesús ha querido entrar en el tejido concreto de nuestra humanidad: una familia, un pueblo, una cultura, unas circunstancias que el evangelio de Juan resume con sobriedad: «Vino a los suyos y los suyos no lo recibieron». Y, sin embargo, Él permaneció en medio de nosotros: puso su tienda, compartió nuestros gozos y trabajos, caminó nuestras sendas para que aprendiéramos a vivir «humanamente la vida divina».

Nacido de María Virgen en la humildad de Belén, crecido en la sencillez de Nazaret –porque «la cosa empezó en Galilea»–, el Señor nos invita hoy a no tener miedo de ser apóstoles de su amor redentor. Él, que habitó nuestra vida, quiere ahora habitar en nuestro corazón por la gracia y hacernos testigos de la alegría de la salvación.

2. El que viene continuamente. Cristo es el eternamente viniente, el que nunca deja de acercarse a nosotros. Enviado del Padre y animado por la fuerza del Espíritu Santo, su presencia se renueva cada día. Viene en la eucaristía, alimento para el camino, viene en cada sacramento, donde derrama su gracia, viene en la Iglesia, comunidad que peregrina unida. Viene en los pobres, que son siempre el sello de una evangelización hecha con el Corazón de Cristo, aquel que se presentó como «buena noticia para los pobres».

Su Palabra –«viva y eficaz»– sigue resonando en medio de las sombras de nuestro mundo: guerras, violencias, conflictos, dolores que parecen no tener fin. Pero Él no nos abandona: en cada herida de la humanidad, su presencia se hace consuelo, luz y esperanza.

3. El que vendrá al final de los tiempos. Caminando con Cristo, sostenidos por la comunión y el impulso del Sínodo, aprendemos a vivir en vigilancia confiada, a volver siempre al amor primero y a esperar su regreso. No es una espera pasiva: no nos «cruzamos de brazos», ni «tiramos la toalla» como quien cree que nada se puede hacer. Adviento es un despertar del corazón: Dios cumple sus promesas, aunque a veces parezca que tarda.

La espera cristiana no es nerviosa ni angustiada. Para cada uno de nosotros, la venida definitiva del Señor coincide con el día en que pasemos a la vida eterna. Y la mejor manera de prepararnos es vivir sabiendo que seremos acogidos en el Amor que consuela, que abraza, que sana. Por eso, la Iglesia canta la esperanza incluso en medio del dolor.

Santa María del Adviento, mujer de la Esperanza y Madre de la Iglesia sinodal, encomendamos nuestro camino. Que acompañe a nuestros grupos sinodales y nos enseñe a transmitir la esperanza, a vivirla, a sostenerla y a compartirla. Bajo su mirada, comenzamos este Adviento como un tiempo nuevo: un tiempo para dejarnos encontrar por Aquel que vino, viene y vendrá, y para renovar juntos la alegría de volver siempre al Amor primero.

✠ FRANCISCO CERRO CHAVES
Arzobispo de Toledo
Primado de España